

Por Iraida Campo Nodal
Fotos: Miguel Gutiérrez

Aquella hora de la mañana, Lucas Ortiz, considerada entre las calles principales del centro histórico de la ciudad de Las Tunas, era todo movimiento. En una de sus esquinas, un viejo inmueble renacía. En lo alto de un andamio una mujer se afanaba por dejar como nueva la añeja pared. La presentaron como la albañil enchapadora.

«Soy Teresa Tamara Ramírez Álvarez», dijo ante nuestra curiosidad, y explicó:

«Pasé un curso de enchapadora ayudante. En el grupo éramos 68 y solo quedo yo. Es verdad que es un trabajo duro, pero muy bonito



En una breve visita a Las Tunas, una de las cinco provincias del oriente cubano, comprobamos que el buen hacer de las mujeres se encuentra por todas partes.

OFICIOS EN BUENAS MANOS

y, sobre todo, que recompensa mucho al ver la obra terminada». Desde hace dos años, Teresa dirige una brigada de mantenimiento constructivo integrada por diez hombres de mucha experiencia en el sector y ellos la siguen y respetan sus criterios, porque Teresa ha demostrado maestría en el oficio.

«Yo quisiera que hubiera más mujeres en esto y estoy dispuesta a transmitir mis conocimientos y experiencias mediante un programa de adiestramiento en las especialidades de albañilería y carpintería, pero no se logra concretar, quizás piensen que es una labor muy difícil, pero cuando se aprende bien, todo resulta fácil». Según Teresa, para desempeñarse como albañil hay que tener una gran dosis de interés, mucha agilidad física y no temerle a las alturas.

Vanguardia provincial del Sindicato de la Construcción y ganadora de premios relevantes en el Foro de Ciencia y Técnica, Teresa no comprende por qué las mujeres se asombran, mucho más que los hombres, cuando la ven en sus funciones de albañil.

«A mí la construcción me da mucha satisfacción, porque cuando una obra se termina y queda con calidad y bonita, me llena de orgullo saber que en ella está la mano de Teresa».

Pare cochera, cochera pare

Desde hace 16 años, las calles de la ciudad de Las Tunas sienten el trotar de un caballo guiado por... Migdalia Fonseca Núñez, a quien todos llaman La India, única cochera de esa urbe oriental. Su historia es sencilla y ella la cuenta así:

«Por iniciativa mía mi marido compró un caballo y un coche. Una noche, cuando regresábamos de la comunidad La Rosa, a donde fuimos a disfrutar de la Cucalambéana, yo le pedí que me entregara las riendas. Él se negaba, pero mi insistencia fue tanta que, ¡al fin!, cambiamos de lugar. A partir de ese momento soy yo quien conduce este coche.

«Desde el principio me fue de lo más bien porque esto es algo que siempre me gustó. Desde que me casé con él y vine a vivir para la ciudad miraba los coches estacionados en el parque y me daban

deseos de montarme en uno y salir por las calles».

¿Cómo es un día de trabajo para Migdalia? Ella se encarga de explicarlo:

«Trabajo en la panadería El Sendero, y llevo el pan a tres bodegas. Se dice rápido, ¡verdad!, pero imagínese que subo y bajo 61 cajas de pan y esa operación la realizo ocho veces cada día. Empiezo a trabajar a las 5 de la mañana y ya a las 9 termino.

«Durante el resto del día brindo servicio a la población, porque la gente me llama mucho. Este coche es la ambulancia del barrio; lo mismo he trasladado a un infartado para el hospital que a una mujer a punto de parir. Si es de noche cuando me buscan, engancho una lamparita al coche y salgo a cualquier hora.

«Yo he tenido La Pachanga, así se llama mi coche, cargada de pan y he visto a una persona necesitada de ayuda, y no lo pienso dos veces, socorro a quien sea.

«Eso sí, me ocupo mucho de mi caballo. Se come tres meriendas al día y dos sacos de hierba y al mes le compro dos latas de miel. Él está bien alimentado.

«¿Qué me gustaría? Que hubiera más cocheras. Este es un trabajo

buenísimo, que no cambio por ninguno».

Darle vida a la madera

En otro punto de la ciudad de Las Tunas encontramos a Jacquelin López Hierrezuelo. El sonido de una sierra en plena faena nos lleva hasta ella.

¿En qué te añas ahora?

«En un multimueble», responde escuetamente y continúa su labor. Al indagar más sobre ella conocemos que empezó trabajando el bambú. Hacía lámparas, sonajeros, naturaleza muerta... Así hasta llegar a la talla en madera.

«Pero comprendí que necesitaba conocimientos de carpintería y aprendí sola. Soy carpintera ebanista.

«¿Críticas? No, no he recibido tantas, pero sí sonrisas de incredulidad».

De su oficio dice:

«La carpintería es un arte perdurable. Yo tengo mucho trabajo y en todos busco la elegancia, el equilibrio, el volumen y el acabado. Me encanta trabajar el mueble antiguo.

«Aquí en el taller tengo dos ayudantes, uno de ellos es mi esposo. Yo no uso plantillas, con un lápiz hago trazos sobre la madera y ya



eso es suficiente. Al principio me ayudó mucho mi papá, sobre todo con el bambú».

Además de continuar su labor con la madera, en especial la caoba, su preferida por el color, la durabilidad, porque resulta más fácil de tallar, tiene menos poros y se puede alcanzar un mejor terminado, de más calidad, Jacqueline sueña con enseñar el oficio a otras mujeres.

«Ese era mi sueño, hacer un curso para que más mujeres se capaciten y se puedan independizar económicamente. Yo estoy dispuesta a enseñar todo lo que he aprendido. La organización del curso estuvo en manos de la Federación de Mujeres Cubanas y se está desarrollando desde el mes de septiembre». □

